

Isabel de la Trinidad y la vida consagrada

CAMILO MACCISE, OCD

Se acaban de abrir las celebraciones del centenario de la muerte de Sor Isabel de la Trinidad, carmelita descalza francesa, beatificada en 1984. Ella ha sido testigo de la realidad de la presencia del Dios trino y uno en nosotros; esa presencia de la que habló Cristo cuando dijo: “si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos nuestra morada en él” (Jn 14,23).

En un mundo en el que se mezclan el dominio de la superficialidad, que ocasiona el contacto exclusivo con la realidad exterior, y el “hormigueo de religiosidades vagas y de místicas desviadas”, la beata carmelita nos devuelve el rostro del Dios de nuestro Señor Jesucristo: un Dios que es amor; que no vive solitario, sino que es trinidad y que nos invita a vivir unidos a él para ser capaces de amar con amor efectivo (como el Padre), a dejarnos amar (como el Hijo) y a crear comunión (como el Espíritu). Isabel de la Trinidad nos orienta a volver a la interioridad para encontrar la presencia, cercanía y amor infinito del Dios trino que unifica nuestra vida y le da su verdadero sentido. Su experiencia y su doctrina pueden ayudar a todo cristiano y especialmente a las personas consagradas a *vivir una espiritualidad* que responda a las necesidades e inquietudes de nuestro tiempo.

El punto de partida de su mensaje: centrarnos en el misterio de Dios presente en nosotros

Isabel de la Trinidad es hija de su tiempo y de su ambiente, finales del s. XIX y principios del XX en Francia. Vive con intensidad un catolicismo caracterizado por prácticas devocionales: novenas al Sagrado Corazón, a la Virgen, a san José. En ese tiempo tienen un lugar especial la adoración al Santísimo y los cultos relacionados con la Pasión, como el Vía Crucis. La devoción mariana es muy intensa

debido a las apariciones de la medalla milagrosa y de Lourdes. La Beata practica esas devociones pero no se queda en ellas. Va más adelante y más adentro a través de la toma de conciencia de la *inhabitación trinitaria* y de una oración al estilo teresiano, entendida y vivida como diálogo de amistad con Dios. Cuando entró en el Carmelo, Isabel ya tenía conciencia clara de estar inhabitada por la Trinidad y allí fue profundizando *experiencial y doctrinalmente* esa verdad sobre todo a la luz de san Pablo. También san Juan de la Cruz le enseña el sentido de la presencia de Dios en el centro del alma. En una carta escrita al canónigo Angles en 1901 exclama: “¡Es tan buena esta presencia de Dios! Es allí, en el fondo, en el cielo de mi alma donde me gusta buscarle, pues nunca me abandona. ‘Dios en mí y yo en Él’. ¡Oh! Esta es mi vida”¹. Y, en otras cartas, escribe: “sigue unida a los Tres a través de todo; allí está el centro donde nos encontramos”²; “me parece que he encontrado mi cielo en la tierra, porque el cielo es Dios, y Dios está en mi alma”³.

Esta presencia de Dios no es una presencia estática: “Él está siempre vivo, siempre trabajando en nuestra alma. Dejémosnos construir por él y que Él sea el alma de nuestra alma, la vida de nuestra vida, para que podamos decir con san Pablo: ‘Vivir, para mí, es Jesucristo’”⁴.

El encuentro con Cristo y con la Trinidad permite vivir en la intimidad con Él y transformar la vida en “un diálogo, un intercambio de amor... entonces nunca se está sola y se tiene necesidad de la soledad para gozar de la presencia de este huésped adorado”⁵.

Esta vida centrada en la inhabitación trinitaria no hace de Isabel una persona lejana o ausente de la realidad. Su recogimiento interior no le impide ser sencilla, alegre, amable y servicial como lo afirman quienes convivieron con ella. Y no podía ser de otro modo ya que Dios no está solitario en su grandeza, sino que es comunidad de amor que se acerca a nosotros y nos invita a entrar en ella y a expresarla en la comunión con los demás.

¹ Carta 62, 14 de junio de 1901. Seguimos para los textos de los escritos de la beata Isabel de la Trinidad la traducción española de sus *Obras Completas*, Ed. de Espiritualidad, Madrid, 1986.

² Carta 117, a su hermana Guite, 30 de mayo de 1902.

³ Carta 122, a la Sra. de Sourdon, junio 1902.

⁴ Carta 145, a la Sra. Angles, 9 de noviembre de 1902.

⁵ Carta 161, a Françoise de Sourdon, 28 de abril 1903.

El misterio trinitario teología, escritura y experiencia

Durante muchos siglos la doctrina sobre la Trinidad se presentaba de una forma tan abstracta y filosófica que, para la mayoría de los creyentes, era una ininteligible especulación que nada tenía que ver con la vida real. Por otra parte, la exigencia de mantener la unicidad de Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, dio lugar a graves problemas en los primeros siglos del cristianismo y a polémicas complejas. Fue entonces cuando se recurrió a conceptos filosóficos para que ayudaran a clarificar, en lo posible, el misterio del Dios uno y trino a la vez. Se utilizaron los términos “naturaleza”, “esencia” y “persona” que permitieron hacer distinciones y aclaraciones. La teología latina de la edad media tomó como punto de partida la esencia única para mostrar la diversidad de las personas con la ayuda de analogías que llevaron a abstracciones. Daba prioridad a la que se llamó Trinidad “inmanente”, es decir, considerada en su vida íntima. La teología griega, más cercana a la revelación bíblica, en cambio, se elaboró a partir de las personas y de sus procesiones y misiones consideradas como la realización de una única esencia, que aparece en la revelación bíblica manifestándose a los hombres y comunicándoles la salvación. A esta visión de la Trinidad se la denominó “económica”, es decir, relacionada con el plan salvífico de Dios.

En la perspectiva bíblica aparece claramente que Cristo fue quien reveló este misterio central del cristianismo. No lo hizo enseñando verdades abstractas, sino a través de su camino concreto, de su palabra, de su actividad, de su misterio pascual. El misterio absoluto de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo se hizo visible en Jesús de Nazaret. En su vida podemos leer la verdad trinitaria no como formulación teológica sino como misterio de salvación para nosotros; como camino de los que buscan a Dios Padre, por medio de Jesús, guiados por el Espíritu de Cristo.

La revelación del misterio trinitario no es una curiosidad. Es para nuestra propia salvación. Nos dice algo definitivamente importante, sin lo cual no realizaríamos ni comprenderíamos de modo radical nuestra propia humanidad. “La Trinidad no es para nosotros sólo una realidad que podemos expresar de una manera puramente doctrinal. Ella misma se encuentra dentro de nosotros, y como tal no se nos da sólo por el hecho de que la revelación nos comunique unos cuantos principios sobre ella. Lo que ocurre más bien es que se nos dicen esos principios porque se nos ha adjudicado la misma realidad de la que ellos hablan”⁶.

⁶ K. RAHNER, *El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación*, en: *Mysterium salutis*, vol. II (Madrid, 1977) p. 288.

La experiencia de los santos

La actividad trinitaria en la historia de la salvación tiene también como fin la inhabitación común de las tres personas divinas en el cristiano, según la promesa de Cristo: "Vendremos a él y pondremos en él nuestra morada" (Jn 14,23). En la historia de la espiritualidad tenemos muchos testimonios de la verdad de esta promesa de Jesús en la experiencia de los santos. Ya san Pablo manifiesta en sus escritos una profunda experiencia trinitaria en su vida y en la vida de los creyentes. Basta recordar las fórmulas trinitarias que utiliza. En ellas presenta a la Trinidad actuando en la historia salvífica.

La experiencia mística trinitaria aparece generalmente como el culmen de todo un proceso de vida cristiana en el cual se atraviesa por períodos de purificación. Se requiere, además, una transformación espiritual que dispone a la persona a recibir en su interior la comunión trinitaria que se expresa sea en la línea de la esencia, sea en la sponsal. En la primera, la unión se experimenta y se concibe como experiencia de la unidad del ser creado en el ser originario, el Dios trino, que lo hace partícipe de su vida. En la segunda, se vive la experiencia como comunión sponsal, comunión de disponibilidad y de entrega total.

Los santos han sido y siguen siendo testimonios vivientes de la presencia y de la acción de la Trinidad en el ser humano. Al transmitirnos su experiencia no lo hacen en forma teórica o especulativa. Nos hablan el lenguaje vital de la revelación del misterio de Dios. Isabel de la Trinidad tiene una mística trinitaria profundamente anclada en el testimonio y en las enseñanzas de san Pablo. No pretendemos en este trabajo hacer un tratado completo de la experiencia trinitaria de la beata Isabel de la Trinidad ni de su espiritualidad. Queremos solamente destacar algunos aspectos que pueden iluminar las *grandes líneas de la espiritualidad actual de la vida religiosa* en su triple aspecto de consagración, comunión y misión.

La experiencia trinitaria es en Isabel origen y meta de su espiritualidad. A la luz de ese misterio contempla todas las realidades del mundo y de la vida cristiana. "Esta concentración de su vida en el misterio de la santísima Trinidad le confiere un singular valor carismático y entronca con una de las tendencias de la espiritualidad contemporánea, que contempla en el misterio trinitario la fuente y culminación tanto de la vida eclesial como de la vida cristiana. Así aparece en el concilio Vaticano II y en la espiritualidad posconciliar, que son la mejor confirmación de la espiritualidad trinitaria de sor Isabel. En ella se encuentran todos los elementos descritos por el concilio desde una perspectiva histórico-salvífica. Es su mejor marco de

comprensión teológica”⁷. Las exigencias de Jesús, resumidas en su seguimiento, trazan los elementos centrales de la vida cristiana. El cristiano y el religioso experimentan a Dios como Padre-Madre, a Cristo como hermano y al Espíritu como el que guía y acompaña.

I. Espiritualidad de la vida consagrada, una forma de vivir la vida cristiana

La espiritualidad de la vida consagrada está condicionada, como toda espiritualidad, por una cristología, una eclesiología, una cosmovisión y una cultura. Por ello es necesario decir una palabra general sobre el concepto de espiritualidad para comprender después lo que caracteriza la que se vive en la vida consagrada.

1. La espiritualidad cristiana

Al hablar de la dimensión espiritual y mística de la vida cristiana y de la vida consagrada, se corre el peligro de entender la espiritualidad en forma dicotómica, como si se tratara de algo previo a la acción y separado de la misma. Eso convertiría la espiritualidad en un espiritualismo desencarnado que, vivido desde esa perspectiva, no dice nada al hombre y a la mujer de hoy. Es importante, por eso, partir del concepto de espiritualidad como un *estilo o forma de vivir la vida cristiana*, que es vida “en Cristo” y “en el Espíritu”, que se acoge por la fe, se expresa en el amor y se vive en la esperanza dentro de la comunidad eclesial. Hablar de espiritualidad no es, por tanto, hablar de una parte de la vida, sino de toda la vida. Es referirse a una cualidad que el Espíritu imprime en nosotros. Es tratar *también de la acción* bajo el impulso del Espíritu Santo. La referencia primordial de la espiritualidad cristiana es Jesús; la conversión a él y su seguimiento.

Este modo de enfocar la espiritualidad responde mejor a la revelación bíblica. En ella se tiene una visión unitaria del ser humano, que vive bajo la acción constante de un Dios presente y cercano que lo cuestiona e interpela en todas las circunstancias. Podemos también afirmar que, de este modo, se comprende mejor la unidad de la vida cristiana en todas las épocas, culturas y situaciones existenciales. Al mismo tiempo se acepta la necesidad de una apertura a la diversidad, fruto de circunstancias diferentes que piden acentos y

⁷ C. GARCÍA, *Sor Isabel de la Trinidad. Experiencia de Dios en su vida y escritos*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2006, p. 198.

encarnaciones particulares. La espiritualidad no se vive al margen de la historia, sino dentro de ella.

La espiritualidad de la vida consagrada es una espiritualidad insertada en la Iglesia y en el mundo, por tanto, participa de sus transformaciones. Está condicionada por las diversas culturas que se van abriendo paso en la historia. Se halla sujeta a las modificaciones que se operan dentro del pueblo de Dios que peregrina en el tiempo como sacramento del Reino. La persona consagrada debe vivir su espiritualidad hoy consciente de la necesidad de aceptar las mediaciones culturales, teniendo presentes, los cambios que se han realizado en la sociedad y en la Iglesia a la luz de las grandes rupturas socio-culturales y eclesiales, que exigen una nueva identidad cristiana. Hoy hemos pasado de una cosmovisión estática a una dinámica; de una cultura agrícola y artesanal a una cultura urbana y técnico-científica; de la orientación sacral a la orientación secular.

2. La vida consagrada una forma de seguir a Jesús

La vida cristiana es esencialmente un seguimiento de Jesús. El Concilio Vaticano II, al hablar de la vida consagrada, insistió en varios lugares en el aspecto fundamental de su compromiso de seguir a Jesús. Calificó este seguimiento de Cristo como la “norma última” del consagrado⁸. Es importante, por ello, tratar de profundizar sobre algunos aspectos del seguimiento de Jesús que, si bien caracterizan toda vida cristiana, asumen ciertos matices en la vida consagrada.

El primer aspecto de la espiritualidad del seguimiento de Jesús es la *experiencia de la gratuidad de Dios*. La reflexión sobre el sentido del seguimiento de Cristo en los evangelios nos lleva a constatar que es fruto de un llamado gratuito de Dios. El tema de la elección es la expresión de esa gratuidad y va acompañado de la garantía de su fidelidad y misericordia. Vivir la espiritualidad del seguimiento como experiencia de la gratuidad de Dios hace posible evitar la auto-suficiencia y el desaliento. Se tiene la certeza de la presencia y ayuda de Dios para que se pueda asumir con humildad y responsabilidad la misión que Él encomienda. En la vida consagrada se percibe con mayor intensidad la gratuidad de una llamada a dedicarse totalmente al servicio del reino de Dios. La espiritualidad del seguimiento de Jesús es, en segundo lugar, una *experiencia de ruptura con las seguridades humanas*. La única seguridad debe ser Dios, en una apertura a

⁸ PC 2.

sus caminos incomprensibles (Is 55, 8-9; Rom 11,32-35) en un compromiso con el trabajo del reino. Las seguridades humanas se apoyan en el poder, en el saber, en el tener. Mediante la profesión de los consejos evangélicos la persona consagrada coloca esas realidades en su dimensión relativa y pasajera.

Al llamar a su seguimiento, Jesús explicitó que elegía a sus discípulos para establecer una relación de amistad con Él. Por eso la espiritualidad del seguimiento está orientada a la *experiencia de una creciente comunión con Cristo*. Todos los trabajos y esfuerzos del seguidor de Jesús se van realizando “en Él”. En una palabra, desde el principio hasta el final, la existencia cristiana se desarrolla “en Cristo” (1 Cor 15,18.22), al grado de poder afirmar “vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). La vida consagrada ha visto siempre como ideal la comunidad de los doce apóstoles llamados por Cristo para estar con Él y para compartir su vida antes de ser enviados a predicar (Mc 3,13-14).

La espiritualidad del seguimiento es también una *experiencia de ser discípulos de Jesús*. El discipulado del Nuevo Testamento se entiende mejor en la perspectiva de las relaciones maestro-discípulo en el mundo rabínico. En él se insistía en la importancia de atender a las más pequeñas enseñanzas del maestro y a estar dispuesto a transmitir las. Estas enseñanzas se referían especialmente a la conducta de vida, a lo que se conocía con el nombre de “sabiduría”. Cristo es para sus seguidores la verdadera Sabiduría de Dios. Siguiéndolo se conoce la verdad y la verdad nos hace libres (Jn 8,32). La vida consagrada en su seguimiento de Jesús mediante el compromiso de la castidad, pobreza y obediencia, “es memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos”⁹.

El seguimiento de Jesús es también una *experiencia de formar parte de una comunidad de seguidores*. El seguimiento tiene un sello fuertemente comunitario. Es en la comunidad eclesial donde se recibe, a lo largo de la historia, el llamamiento a seguir a Jesús. Él, presente en medio de los creyentes repite este gesto de convocar, y comunica a sus seguidores diversos carismas para servicio de la comunidad. La vida fraterna en comunidad subraya este aspecto del seguimiento de Jesús. La llamada de Jesús a seguirlo es, al mismo tiempo, una llamada a la misión de testimoniar y anunciar la Buena Noticia y a interpelar, desde ella y desde sus exigencias, la vida personal y social. Por eso, es la *experiencia de un compromiso profético evangelizador* fuertemente acentuado en la vida consagrada¹⁰.

⁹ VC 22.

¹⁰ Cf. VC 84.

3. Enseñanzas de Isabel de la Trinidad sobre el seguimiento de Jesús

Si bien es verdad que Isabel de la Trinidad vivió en otros esquemas socio-culturales, eclesiales y teológicos, su vida consagrada estuvo enraizada en la persona de Cristo. La experiencia trinitaria que caracteriza su espiritualidad no disminuye su cristocentrismo. Como fiel discípula de S. Pablo, vive un amor entrañable y profundo a Cristo. Lo experimenta como el centro de su vida. En un pequeño escrito espiritual al que se le puso como título *El cielo en la fe*, redactado unos meses antes de morir, la beata, comentando el texto de la carta a los Efesios, “Dios nos ha elegido en Él antes de la creación para que seamos santos e inmaculados ante Él en el amor” (Ef 1,4), afirma que “la Trinidad santa nos ha creado a su imagen, conforme al ejemplar eterno que de nosotros poseía en su seno antes de la creación del mundo”¹¹. Este ejemplar es Cristo en quien y por quien fueron creadas todas las cosas. “Nuestra esencia creada pide unirse a su principio. El Verbo, esplendor del Padre, es el ejemplar eterno conforme al cual han sido modeladas las criaturas el día de su creación... Las riquezas inmensas que Dios tiene por naturaleza podemos nosotros tenerlas nosotros por la virtud de la caridad, por su inhabitación en nosotros, por nuestra morada en Él”¹². Y todo esto es un don gratuito de Dios.

En el camino de su experiencia cristiana y religiosa, Isabel se siente fascinada por Cristo a quien quiere entregar su vida consagrándose a él como esposa: “El Esposo me ha dicho su ‘Veni’ y el once de enero en la bella fiesta de la Epifanía, toda luz y adoración, pronunciaré mis votos que me unirán para siempre a Cristo (...). Me siento envuelta en el misterio de la caridad de Cristo. Cuando miro hacia atrás me parece ver una persecución de Dios sobre mi alma (...). Estoy como aplastada bajo ese peso”¹³.

La beata experimenta también una creciente comunión con Cristo, camino, verdad y vida. No quiere sino identificarse con Él. Citando unas frases de san Pablo en la carta a los Filipenses y, en especial su expresión “para mí la vida es Cristo” (Flp 1,21) manifiesta que no desea otra cosa más que identificarse con Él, fundirse en Él¹⁴. Esto exige que ella desgaste su vida en su servicio: “Al fin Él es todo mío y yo toda suya, no le tengo más que Él, Él es mi todo. Ahora no tengo más que un deseo, amarle, amarle siempre, celar su hon-

¹¹ *El cielo en la fe* (CF) 22.

¹² *Ib.*, 23.

¹³ *Carta 151*, al canónigo Angles, 31 diciembre de 1902.

¹⁴ *Cf.* CF 28.

ra como verdadera esposa, hacer su felicidad... cuando miro al crucificado y veo cómo Él se ha entregado por mí, me parece que yo no puedo hacer otra cosa por él que entregarme, gastarme, para darle un poco de lo que él me ha dado”¹⁵. En el proceso de intimidad con Cristo, Isabel llegó a tener una vivencia original que expresó en su Elevación a la Trinidad en la que pidió ser transformada en Cristo de tal manera que pudiera tener en su alma una “como encarnación del Verbo” para ser “para él una humanidad complementaria en la que renueve todo su misterio”¹⁶. Más todavía, en la transformación en Cristo ve ella el cumplimiento de la vocación eterna que Dios nos ha dado: “Cuando yo esté completamente identificada con este ejemplar divino, toda transformada en él y Él en mí, entonces cumpliré mi vocación eterna: aquella para la que Dios me ha elegido en Él (Ef 1,4)”¹⁷.

La vida consagrada encuentra en estas enseñanzas vitales de Isabel de la Trinidad una orientación para volver a colocar a Cristo en el centro de su vida y de su espiritualidad. En el Congreso internacional sobre la vida consagrada, celebrado en Roma en 2004, un tema recurrente explícita o implícitamente en las conferencias y en los grupos temáticos fue el de la especial centralidad de Cristo en la vida religiosa. Esta tiene sentido sólo si se vive en comunión con Él. El grupo que reflexionó sobre el tema de la sed de Dios y de la búsqueda de sentido, después de afirmar que la vida consagrada está construida sobre tres columnas: la experiencia de Dios, la vida comunitaria y la misión subrayó fuertemente que en la base de estos tres elementos está “Cristo como nuestra roca”. Por eso, todos los esfuerzos de fidelidad creativa y de refundación deben *partir de una identidad que hunda sus raíces en la experiencia de Jesucristo*: origen y meta de la vida consagrada. Debe ser una experiencia que fascine y que invite a la conversión continua y a la pasión creciente por Cristo. “Nosotros hemos experimentado su seducción. En el camino del seguimiento, el Maestro nos va seduciendo siempre más; nos va configurando a su imagen y semejanza; nos va introduciendo poco a poco en su misterio y en su misión (como a la Samaritana); nos enseña a transformar nuestra pasión en gestos de compasión (como el Samaritano); nos redime de nuestras ambigüedades, infidelidades ante el poder, el tener y el sexo; nos aconseja interiormente a través de su Espíritu y nos fortifica en el combate”¹⁸. En este campo de la configuración con

¹⁵ Carta 156 a la Sra. Angles, 15 de febrero de 1903.

¹⁶ *Notas íntimas*, 15.

¹⁷ *Últimos ejercicios*, 1.

¹⁸ CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE LA VIDA CONSAGRADA (1994), *Documento final. Convicciones y perspectivas*, II.

Cristo y de la identificación con Él, Isabel de la Trinidad es una guía de primer orden.

II. Vivir a la escucha de la Palabra

1. *La Escritura en la vida consagrada*

El concilio Vaticano II marcó un regreso a la palabra de Dios e invitó a todos los cristianos y especialmente a los religiosos a la lectura asidua de la Escritura, para adquirir la ciencia suprema de Jesucristo¹⁹. El contacto frecuente con la palabra de Dios ofrece la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario y para buscar los caminos de Dios en los signos de los tiempos y de los lugares.

La vida consagrada se benefició de modo especial con este don del Espíritu. La Biblia pasó a ocupar un lugar central para sus miembros que habían usurpado otros libros de espiritualidad. En la formación inicial y permanente uno de los objetivos más urgentes ha sido, en los últimos años, el de ayudar a los religiosos a ir logrando un acercamiento existencial – que parte de la vida y lleva a la vida – a la Palabra de Dios. Poco a poco se ha ido configurando el papel central que tiene la Escritura en el proceso de formación de la vida religiosa. El documento postsinodal *Vita consecrata*, por su parte, invita a las personas consagradas a vivir a la escucha de la palabra de Dios²⁰.

Para que la palabra de Dios se convierta en fuente de espiritualidad para las personas consagradas hay que tomar como *punto de partida de su lectura la realidad en que se vive*. Es necesario aprender a unir la palabra de Dios en la Escritura con la palabra de Dios en la vida. Esto entra dentro de la más genuina tradición de la Iglesia testimoniada por los Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos. Ellos educaban a un acercamiento vital a la Palabra de Dios. Además, el origen comunitario de la Escritura, obra de un pueblo guiado por Dios, pide una *lectura comunitaria* que se nutra de los “gozos y esperanzas, las tristezas y angustias” del pueblo creyente.

La lectura y la reflexión bíblicas permiten percibir a Cristo como *centro histórico* y como *centro lógico* de toda la revelación. *Centro histórico* porque la historia de Israel tiende hacia Él y la del nuevo pueblo de Dios parte de Él. *Centro lógico* porque las diferentes enseñanzas bíblicas convergen en cualquier fase histórica hacia la idea cen-

¹⁹ Cf. DV 25; PC 6.

²⁰ Cf. VC 94.

tral de una salvación divina gratuita, realizada por el Mesías. Muchas son las verdades reveladas, pero al fin y al cabo, una sola: Cristo, Hijo de Dios, que nos manifiesta al Padre y envía el Espíritu; Cristo camino, verdad y vida (Jn 14,6). En el NT la estructura de la experiencia espiritual bíblica está centrada en Cristo. Él es quien revela al Padre y comunica la vida nueva; Él, siendo Dios, recorre un camino humano, porque es verdadero hombre, hecho semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado (Heb 4,15). Él manifiesta el amor del Padre hacia el hombre (Jn 3,16).

Jesús anuncia el reino, la Buena noticia de salvación. El mundo como se encuentra contradice el designio de Dios y Él, en Cristo, quiere intervenir e inaugurar su reinado. El reino ya está presente en Jesús. No es sólo futuro o utopía (Lc 4,16-21). Cristo proclama la liberación y anticipa su realización en liberaciones parciales. Libera de la imagen del Dios de la ley. Presenta al Padre lleno de bondad que ama a todos, incluso a los ingratos y malos (Lc 6,35). Jesús libera de la esclavitud de la ley (Mc 2,27) y de la de las estructuras humanas que iban contra lo central que es el amor a Dios y al prójimo. Para ello acoge a los excluidos y marginados social o religiosamente, se pone de su parte y lucha contra todos los males que afligen al ser humano.

La Escritura es, al mismo tiempo, un texto y un medio de comunicación de la experiencia de Dios en la historia. Al ser un texto, puede y debe ser leído siguiendo las normas de interpretación de un escrito. Esa es una lectura racional o científica de los libros bíblicos. Junto a ella existe otra lectura que parte de la convicción de fe que ve en la Biblia la palabra de Dios que se dirige al hombre. Desde esa perspectiva la lectura se convierte en una *búsqueda* y en una *comunidad*: búsqueda de Dios y comunión con su misterio. Este tipo de lectura recibió en la Iglesia un nombre técnico: *lectio divina*. Primero se dio ese título a la Escritura misma. Más adelante vino a expresar el trabajo de interpretación de la Biblia unido a la ascesis y a la oración. Con S. Benito, la *lectio divina* se convirtió en un ejercicio de vida monástica diverso de la oración litúrgica y llegó a ser un medio clásico de vida espiritual. La *lectio divina* de la tradición patristica y monástica se acercaba a la Biblia no como a un libro de historia o de doctrina, sino como libro por el cual el Espíritu Santo revelaba, en la existencia concreta, la voluntad de Dios. La doctrina y la historia se leían para poder encontrar en ellas el *sentido de la vida*.

Un acercamiento contemplativo a la Escritura deberá privilegiar sus enseñanzas sobre la oración y procurará apropiarse vitalmente las oraciones bíblicas. El concilio Vaticano II, al recomendar a los cristianos la lectura asidua de la Biblia señala que debe estar acompañada por la oración “para que se entable el diálogo entre Dios y el

hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras”²¹. La Escritura es, sin duda, el libro más rico en experiencias de oración. Fundamentalmente es la historia del encuentro de Dios con los hombres que se abren a Él en la contemplación y el amor. De aquí que la *lectio divina* tenga tanta importancia en la espiritualidad de la vida consagrada. “Gracias a ella, la palabra de Dios llega a la vida, sobre la cual proyecta la luz de la sabiduría que es don del Espíritu”²².

2. Isabel de la Trinidad y la Escritura

Para Isabel, Cristo es palabra viva, el Verbo del Padre que se comunica con nosotros. Ella vivió en una época en la que no se tenía en la Iglesia el acceso a la Escritura que tenemos ahora. La Biblia era poco conocida y leída por los católicos. A pesar de ello, Isabel cita continuamente textos de la Escritura que conoció indirectamente a través de la liturgia, de la predicación, de los sermones, de la catequesis, de la lectura de otros libros. Ella tuvo el don de comprender y penetrar, guiada por el Espíritu, el sentido de los pasajes bíblicos, especialmente los de san Pablo y san Juan. También utiliza los salmos, en particular los que se refieren a la alabanza, a la confianza en la protección del Señor, a la alegría de vivir con Él.

De las cartas paulinas, la más citada por Isabel es la carta a los Efesios. Allí descubrió una luz para orientar su vida y centrarla en procurar ser “alabanza de su gloria”. En ella encontró también expresado el misterio de la encarnación, la gracia de nuestra elección, filiación, santificación y glorificación. La vida en Cristo de la que habla Pablo en la carta a los romanos y a los gálatas es otro tema recurrente en sus escritos. A través de Gal 2,20 expresa el proceso de identificación con Jesús que hace que sea él quien vive en nosotros. Sin una grande cultura bíblica, Isabel intuye y vive los aspectos esenciales del mensaje de la Escritura. Y vuelve, una y otra vez al misterio de la presencia divina en nosotros: “Piensa que tu alma es el templo de Dios. Es también san Pablo quien lo dice; en todo instante del día y de la noche las tres personas divinas moran en ti...cuando se sabe esto, se vive en una intimidad adorable. ¡Nunca más se está sola!... el maestro insiste a cada momento sobre este mandamiento: permaneced en mí y yo en vosotros”²³.

²¹ DV 25.

²² VC, 94.

²³ *Carta 273*, a su madre, mayo de 1906.

Isabel sabe unir la lectura y meditación de la Escritura con la oración anticipándose al Vaticano II que recuerda, citando a S. Ambrosio, que “a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues ‘a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras’”²⁴. En la experiencia de la beata encontramos hecho vida lo que el documento *Vita consecrata* ofrece como orientación para las personas consagradas. En efecto, el documento postsinodal subraya que la palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana y más todavía de la espiritualidad de la vida consagrada porque ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvadora y santificadora y de ahí nace la intensidad de la contemplación y el ardor de la actividad apostólica. Del contacto asiduo con la palabra de Dios se adquiere la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario en la búsqueda de los caminos de Dios en la historia²⁵.

El mensaje de Isabel de la Trinidad sobre la escucha orante de la Palabra de Dios es muy actual para la vida religiosa. Ante tal avalancha de información tecnológica, política, social, cultural, ideológica y religiosa, muchas veces vacía y contradictoria, una frase del prólogo del evangelio de san Juan nos trae a la memoria que: “*la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*”. Con ella, el evangelista nos presenta a un Dios que se comunica con nosotros; que nos habla para manifestarnos su amor y descubrirnos el camino que conduce a la plenitud humana. Dios es modelo de comunicación por la manera de hacerlo y por la buena noticia que comunica. Dios entra en nuestra historia; se hace uno de nosotros para hablarnos en nuestro lenguaje; nos comunica siempre una buena noticia: que nos ama y que lo único que pide de nosotros es que sepamos amarlo amando a nuestros hermanos y siendo solidarios con ellos. Su comunicación es clara y sencilla, respetuosa de nuestra libertad. Las informaciones que nos bombardean en los medios de comunicación social causan mareo y confusión.

La vida consagrada debe estar abierta a la comunicación pero sin olvidar que, para guiarnos en medio del caos mediático, necesitamos hacer silencio, como nos dice Isabel de la Trinidad, para escuchar la Palabra que, hecha carne, da sentido a nuestra vida personal y a la historia. S. Juan de la Cruz, maestro de Isabel, nos invita a ello: “Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma”²⁶.

²⁴ DV 25.

²⁵ Cf. VC 94.

²⁶ *Dichos de luz y amor*, 99.

III. Oración y visión contemplativa de la realidad

Un elemento importante dentro de la espiritualidad cristiana es, sin duda alguna, la oración. Ésta, considerada como diálogo de amistad con Dios, lleva a descubrir su presencia en uno mismo, en los demás y en la realidad y, con una visión de fe, animada por el amor y la esperanza, a comprometerse en la transformación del mundo. Existe la convicción creciente de que lo fundamental es llegar a conseguir que la oración se convierta en actitud de vida. Los consagrados han ido comprendiendo de nuevo la importancia de la oración como tiempo para estar con el Señor y para que él pueda actuar en la vida de ellos y de sus comunidades así como en el cumplimiento de su misión.

1. *La oración como actitud de vida*

La espiritualidad de la vida consagrada necesita dar este paso hacia la actitud contemplativa en medio de la acción. La meta será lograr integrar la experiencia de Dios y la experiencia de la vida: ser contemplativos en la oración y en el trabajo de la evangelización. Tener una experiencia de Dios en la historia y en los hermanos que dé sentido a los “tiempos fuertes” de oración: momentos de mayor conciencia de la presencia del Señor, fuente de creatividad evangélica; espacio interior para el encuentro personal e íntimo con el Señor. La oración como actitud de vida lleva a descubrir el rostro de Dios en la realidad en conflicto, en los problemas sociales, en la angustia de los pobres en los que hay que “reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela”²⁷. Más aún, descubre el sentido verdadero de la contemplación cristiana, que parte de la revelación que Dios hace de sí mismo y de su plan salvífico y que no es otra cosa que una vivencia en profundidad de la fe, la esperanza y el amor. Vivencia entendida no únicamente como una experiencia interior, sino también como un conocimiento que se nutre de la acción y se expresa en ella. La contemplación se tiene en la historia y haciendo la historia de salvación.

Los consagrados comprometidos con la evangelización necesitan ser contemplativos que captan lo que Dios quiere y se abren con disponibilidad y entrega a su designio de salvación. Así irán logrando la síntesis integradora entre fe y vida, oración y acción, contemplación y lucha. Su contemplación tiene que estar centrada en el proyecto liberador de Dios con el empeño existencial que supone. No hay,

²⁷ Documento de Puebla, 31.

bíblicamente hablando, auténtica contemplación que no se exprese en la vida concreta de nuevas criaturas. Contemplar es percibir la acción de Dios en la historia y sus exigencias iguales y cambiantes al mismo tiempo. La contemplación pasa por la incertidumbre de la fe y debe buscar siempre los caminos de Dios en la historia; no separa del mundo sino que impulsa a colaborar en su transformación con una esperanza activa y lleva a un amor concreto a los demás. Una contemplación que no desembocara en esto sería una contemplación falsa o alienante.

El compromiso con la evangelización que se va realizando en la historia, abarca las diferentes dimensiones de la existencia: lo social, lo político, lo económico, lo cultural y el conjunto de sus relaciones y exige una entrega generosa y total. La injusticia es una noche de inseguridad que llega a amenazar incluso la propia vida. Se ponen así a prueba la fe, la esperanza y el amor cristianos. La oración aparece en ese horizonte como fuente de un amor gratuito que va hasta la raíz de nosotros mismos y hace brotar desde allí el amor sin interés y sin condiciones, que purifica nuestro egoísmo. “La oración es una experiencia de gratuidad”²⁸.

La espiritualidad de la vida consagrada debe tener en cuenta estos nuevos senderos que el Espíritu abre para una oración contemplativa que la vivifique, anime y purifique. De este modo los religiosos podrán construir su diálogo continuo con Dios con todo lo que implica el trabajo de la lucha por la justicia: anhelos, esperanzas, fatigas, desilusión, errores, conflictos, incoherencias, debilidades, egoísmo, búsqueda de prestigio personal. Eso los conducirá a un discernimiento orante de la voluntad de Dios a la luz de su Palabra y de los signos de los tiempos y de los lugares; a una oración comunitaria en la que se comparte la experiencia de Dios, se busca su voluntad, se confiesan los fallos y se mantiene un dinamismo permanente de conversión. Este redescubrimiento de la contemplación cristiana está en la línea de los grandes místicos que nunca la redujeron al ámbito intelectual sino que la orientaron evangélicamente al servicio concreto y eficaz del prójimo: “obras quiere el Señor”²⁹.

2. *Vivir y transmitir la experiencia de Dios en la oración*

La vida consagrada está llamada a educar a los creyentes en el sentido auténtico de la oración, como lo pide Juan Pablo II cuando

²⁸ G. GUTIÉRREZ, *Teología de la Liberación. Perspectivas*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1999, p. 246.

²⁹ TERESA DE JESÚS, *Moradas V*, 3,11.

afirma que las “comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas escuelas de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación... Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios”³⁰. Una oración entendida y vivida de esta manera evita la fuga frente a los compromisos terrenos y facilita una entrega fecunda al servicio del plan de Dios.

El ideal es llegar a hacer de la oración motivo de la vida diaria y del trabajo; ir creciendo en una actitud de alabanza y agradecimiento al Señor, madurar en la fe, perseverar en la esperanza activa, profundizar en un amor cada vez más genuino y eficaz. Juan Pablo II, al dirigirse a las religiosas de vida específicamente contemplativa en América Latina, con motivo de la celebración del V Centenario de la evangelización del continente, les hacía ver que su oración era el “fundamento de la nueva evangelización”. Al mismo tiempo las invitaba a permanecer abiertas a las necesidades de la Iglesia y del mundo para asumir en su plegaria contemplativa “el clamor de tantos hermanos y hermanas sumergidos en el sufrimiento, en la pobreza y en la marginación... Las tribulaciones del mundo agobiado por tensiones y conflictos”.

Estas indicaciones del Papa responden a una nueva sensibilidad en la vida de los institutos contemplativos. En ellos ha ido creciendo la convicción de que, desde una fidelidad a su carisma en la Iglesia, deben hacer suyos “los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y los que sufren”³¹. El testimonio que en su vida dan del absoluto de Dios no se entiende ya como una simple huída del mundo, sino como una nueva presencia en él desde su dedicación total y completa al servicio del Señor a través de la oración, el silencio y la contemplación. Los contemplativos “están en cierto modo en el corazón del mundo, y más aún en el corazón de la Iglesia”³². En el compromiso evangelizador, la vida contemplativa tiene una palabra fuerte que decir con el testimonio de su vida: que Dios es el único absoluto, pero lo debe hacer vibrando con las necesidades del mundo de hoy. Quienes han recibido el llamado a esa vida tienen la misión de alimentar la esperanza de los evangelizadores desde una visión de la realidad de la historia

³⁰ *Novo millennio ineunte*, 33.

³¹ GS 1.

³² SCRIS, *Dimensión contemplativa de la vida religiosa*, 25.

guiada y sostenida por el amor fiel y misericordioso de Dios del que nadie nos puede separar (cf. Rom 8,35-39); un Dios cuyos caminos y pensamientos son diversos de los nuestros (cf. Is 55,8-9).

3. *La mirada contemplativa de Isabel de la Trinidad*

La lectura de los escritos de Isabel de la Trinidad testimonia elocuentemente la visión contemplativa de la realidad que la acompañó a lo largo de su vida. Por eso, con razón, ha sido llamada “maestra de la interioridad”. Ella enseña que la oración es el camino para lograr la unidad interior que permite encontrarse con Dios en el silencio y en la soledad que favorecen la intimidad con Él. Sólo en el silencio se puede encontrar a Dios: “¡Olvidémonos de nosotras, no nos miremos más, vayamos a El y perdámonos en Él! ¿No le parece que a veces esta necesidad de silencio se hace sentir más? ¡Hagamos callar todo, para no oírle más que a Él!”³³.

Ya desde niña ella descubrió que Dios habita en nosotros. Escribiendo a su madre le dice que pide al Espíritu Santo que le revele la presencia de Dios en ella y añade: “piensa que tu alma es el templo de Dios... en todo instante del día y de la noche las Tres personas divinas moran en ti. Tú no posees la Santa Humanidad, como cuando comulgas, sino la Divinidad. Esa esencia que los bienaventurados adoran en el cielo está en tu alma. Entonces, cuando se sabe esto, se vive en una intimidad adorable. ¡Nunca más se está sola! Si prefieres pensar que el Señor está cerca de ti mejor que en ti, sigue tu inclinación con tal que vivas con Él”³⁴.

Para Isabel, la oración es una actitud de la persona humana siempre abierta al amor de Dios: “Ame siempre la oración, querida Germanita, y cuando digo la oración no me refiero a imponerse cada día una cantidad de oraciones vocales que rezar, sino esa elevación del alma hacia Dios a través de todas las cosas, que nos establece en una especie de comunión continua con la Santísima Trinidad, haciéndolo todo sencillamente bajo su mirada”³⁵. Sabe encontrar a Dios en todo: “Todo es delicioso en el Carmelo. Se encuentra al buen Dios lo mismo en la colada que en la oración. Sólo está Él en todas partes. Se le vive, se le respira. Si supieses lo dichosa que soy; mi horizonte se agranda cada día”³⁶.

³³ Carta 50, a Margarita Gollot, abril-junio de 1901.

³⁴ Carta 273, a su madre, hacia el 27 de mayo de 1906.

³⁵ Carta 252, a Germana de Gemeaux, fin de diciembre de 1905.

³⁶ Carta 89, a su hermana, 30 de agosto de 1901.

En su oración, la beata vive la dimensión apostólica que santa Teresa quiso para la vida contemplativa de sus hijas. Ya desde antes de entrar en el Carmelo, Isabel vivía anhelos apostólicos profundos que expresaba con el lenguaje de la época y ofrecía su vida por la salvación de los demás: “¡Cuánto bien nos hacen estos Redentoristas! ¡Hablan con tanto amor de Dios! Es admirable. ¿Ah! Cuando los veo predicar así, ¡cuánto les envidio! ¡Ah! Ellos han podido seguir su vocación y ganar tantas almas para Dios. ¡Cuán felices son! ¡Qué gocen su felicidad! Jesús mío, ¿cuándo podré yo seguir mi camino, cuándo podré darme a vos? Tengo tantas ganas de sufrir, de ganaros almas... Mi corazón arde en el deseo de convertir almas. Esta idea me persigue aun en el sueño”³⁷.

Más adelante, ya en el Carmelo, escribe a un sacerdote: “Gusta mi alma unirse a la de usted en una misma oración por la Iglesia y por la diócesis. Ya que nuestro Señor mora en nuestras almas, su oración es nuestra y yo quisiera estar de continuo en comunión con ella, manteniéndome como un pequeño vaso junto a la Fuente, el Manantial de vida, para poder después comunicarla a las almas, dejando desbordar sus olas de caridad infinita”³⁸.

Desde su vida contemplativa, Isabel de la Trinidad, dentro de la más pura tradición mística en la Iglesia, confirma que la oración “puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre”³⁹.

IV. Dimensión trinitaria de la consagración

La vida consagrada tiene como punto de partida un carisma comunicado por el Espíritu para seguir a Jesús en *una consagración mediante los votos, vivida en comunión para la misión*. La fe, la esperanza y el amor se expresan y se viven en conexión con esa entrega peculiar al servicio de Dios y de los hermanos y hermanas. Las relaciones con la sociedad, con la mujer o el varón respectivamente, y con los bienes de este mundo adquieren una cualificación diferente a causa de la dedicación total a Dios por medio del compromiso de la obediencia, castidad y pobreza consagradas. Estas características se hacen presentes, de uno o de otro modo, en la gran diversidad de institutos. El Espíritu es quien concede a todas estas formas la capaci-

³⁷ *Diario*, 27.

³⁸ *Carta 191*, al abate Chevignard, 25 de enero de 1904.

³⁹ *Novo millennio ineunte*, 33.

dad de insertarse dentro del camino del pueblo de Dios con este rostro y estilo peculiares.

La consagración mediante los votos, radicada en la consagración bautismal, es fruto de un don particular del Espíritu que toma posesión de la persona, la configura con Cristo y la habilita para vivir según los consejos evangélicos en el propio carisma y es también una respuesta de donación, aceptada y reconocida mediante el ministerio de la Iglesia. Esta respuesta de entrega al servicio del Reino de Dios introduce matices particulares en la forma de vivir las tres actitudes fundamentales de la vida cristiana: la fe, la esperanza y el amor. Los tres votos son expresión de esas virtudes, si bien cada uno subraya y ejercita especialmente una de ellas.

1. El enfoque de los votos en tiempo de Isabel de la Trinidad

Aún antes de la formulación explícita de los tres votos, los monjes eran conscientes de que por su consagración a Dios modificaban automáticamente sus relaciones con el mundo, con las personas y con las cosas. Debían vivirlas de un modo nuevo. Esto constituía una parte muy importante de su espiritualidad. Era el punto de partida de ella. Se ponía el acento en su aspecto de reserva para Dios. También ellos expresaban la dimensión escatológica de la vida cristiana de la cual el consagrado era signo y testimonio y por medio de ellos se practicaban las virtudes teologales.

A fines del siglo XIX y principios del XX, los votos eran considerados como holocausto: renuncia al mundo y a sí mismo para pertenecer íntegramente al Señor, vivir sólo para Él y buscar en cada momento su voluntad y su gloria. Los votos creaban una espiritualidad de holocausto. Por ellos la persona consagrada ofrecía a Dios todo lo que tenía: bienes materiales, bienes del cuerpo y bienes del alma. Por la pobreza se renunciaba a los bienes materiales; por la castidad a los del cuerpo y por la obediencia a los racionales.

Desde este ángulo el voto de pobreza manifestaba la caducidad de las cosas terrenas y su escaso valor con relación a las que se nos prometen. Expresaba la actitud que la Iglesia debe tener en su peregrinación hacia lo definitivo. Era un ejercicio de esperanza. El voto de castidad era considerado como consagración del cuerpo y del corazón a Dios; señal de los bienes celestiales y anticipación del estado perfecto del ser humano en la plenitud del reino de Dios. Era expresión de amor total a Dios y camino de renuncia y sacrificio profundo que hacía disponible a la persona consagrada para el servicio a los hermanos. La obediencia era el sacrificio más completo: el de la libertad. Ese voto recordaba a la Iglesia la disponibilidad total que

debía tener, a imitación de Cristo, hacia la voluntad del Padre en un ejercicio de fe.

2. *El enfoque actual de los votos*

La consagración mediante los votos, radicada en la consagración bautismal, es fruto de un don particular del Espíritu que toma posesión de la persona, la configura con Cristo y la habilita para vivir según los consejos evangélicos en el propio carisma y es también una respuesta de donación, aceptada y reconocida mediante el ministerio de la Iglesia.

La *obediencia* es, de manera especial, una *vivencia de fe* en la apertura a los caminos de Dios buscados y descubiertos con la mediación del superior y de la comunidad. Limitando la voluntad propia y renunciando a los proyectos personales, la persona consagrada busca cumplir con responsabilidad e iniciativa su misión al servicio del reino. Es un modo de ser libre en la adhesión, por amor, a la voluntad del Padre, como lo hizo Cristo. La obediencia manifiesta e instaura un tipo nuevo de relaciones en la sociedad: el de una autoridad como servicio y el de una libertad que tiene en cuenta el bien de los demás. Cuestiona, de este modo, el ejercicio totalitario y opresor de la autoridad y el egoísmo individualista en el uso de la libertad.

La *pobreza* se relaciona muy especialmente con la *esperanza*, que guía al cristiano en la utilización de los bienes de este mundo. Estos han sido puestos por Dios para el bien de todos y deben ser compartidos en la justicia y en la fraternidad. Punto de partida de este compromiso con la pobreza evangélica, hecha de apertura a Dios y solidaridad con el prójimo necesitado, es la experiencia de Dios como único absoluto. Ella relativiza todo lo demás y le da su verdadera dimensión. Es fuente de desapego y, al mismo tiempo, de entrega y desgaste generoso para que el reino de libertad, justicia, amor y paz establecido por Cristo, se vaya haciendo presente en la historia. La miseria y la marginación que se dan en la sociedad constituyen un cuestionamiento a la vida cristiana. Los consagrados, por medio del voto de pobreza, se sienten comprometidos, desde una experiencia espiritual, a vivir una vida sencilla y sobria hecha de trabajo, desprendimiento y disponibilidad personal y comunitaria, y a poner todo lo que son y lo que tienen al servicio de los más necesitados, en una comunión evangélica de los bienes espirituales y materiales.

La *castidad consagrada*, junto con la vida *fraterna en comunidad*, son expresión particular de *amor cristiano*. Ellas generan una fraternidad universal. Ayudan a comprender mejor las riquezas y las exi-

gencias del amor, fruto del Espíritu. Dan a su ejercicio unas connotaciones especiales: universalidad, gratuidad, disponibilidad.

Esta espiritualidad de los votos impulsa también a superar el deseo de los bienes con la pobreza; el ansia de poder con la obediencia, y a vivir libres para el servicio de Dios en el celibato. Castidad, pobreza y obediencia se convierten así en indicadores de un estilo alternativo de vida.

3. *La perspectiva trinitaria de los votos en el documento postsinodal Vita Consecrata*

Las reflexiones sobre el sentido y los alcances de la consagración religiosa se han visto enriquecidos por las enseñanzas del documento postsinodal *Vita consecrata*. En él encontramos una perspectiva novedosa en la reflexión sobre la vida consagrada: la perspectiva trinitaria

La primera parte tiene como título *Confessio Trinitatis* y considera la vida consagrada a la luz del misterio trinitario. Las personas consagradas están llamadas a confesar la Trinidad con la fe y con la vida. Su vocación es una llamada del Padre para seguir al Hijo, consagrados al Espíritu⁴⁰. En la transfiguración de Jesús se revela el rostro del Padre, creador y dador de todo bien. El invita a escuchar a su Hijo y llama a todo cristiano a su seguimiento. En el caso de las personas consagradas el llamamiento es para una misión especial. El Padre atrae para que el llamado se consagre exclusivamente a Él y a su servicio. La iniciativa de Dios es la que da sentido a la consagración religiosa, como respuesta a un amor gratuito que exige el don total de uno mismo.

Dentro de la dimensión trinitaria de la consagración encontramos a Cristo, el Hijo de Dios, hecho uno de nosotros. El llama a todos a su seguimiento, “pero a algunos –precisamente a las personas consagradas- pide un compromiso total que comporta el abandono de todas las cosas (cf. Mt 19,27) para vivir en intimidad con Él y seguirlo a donde vaya”⁴¹. Fascinada por Cristo, la persona consagrada comparte su experiencia de ser virgen, pobre y obediente, con el deseo explícito de una total conformación con Él.

La llamada a la consagración religiosa está, como toda la vida cristiana, en conexión con la obra del Espíritu Santo. Él es quien suscita los carismas en la Iglesia y, entre ellos, el de la vida consagrada,

⁴⁰ Cf. VC 17-19.

⁴¹ Ib. 18.

que nace del deseo de una respuesta plena y total al amor de Dios y de un seguimiento de Cristo que le permita continuar su estilo de vida al servicio del reino. El Espíritu, que invita a la consagración, no separa de la historia de los hombres a las personas que aceptan ese llamado; las pone más bien al servicio de los demás "con las modalidades propias de su estado de vida, y las orienta a desarrollar tareas particulares, de acuerdo con las necesidades de la Iglesia y del mundo, por medio de los carismas propios de cada Instituto"⁴².

Los consejos evangélicos, a través de los cuales se explicita y se hace pública la consagración son un don de la Trinidad y por ello tienen una dimensión trinitaria: la *castidad* en el celibato y la virginidad relacionan con la Trinidad, en cuanto son un reflejo del amor infinito que une a las tres personas divinas en la profundidad misteriosa de la vida trinitaria. Ese amor ha sido testimoniado por el Verbo encarnado hasta la entrega de su vida y ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rm 5,5). La castidad consagrada relaciona especialmente con el Padre; confiesa que Dios es el único absoluto y crea un corazón filial, capaz de amar a Dios y a los demás. La *pobreza* confiesa que Dios es la única riqueza del ser humano, una riqueza que se revela en la pobreza del Hijo y es expresión de la entrega total de sí que las tres personas divinas se hacen recíprocamente. El consagrado se empeña a vivirla siguiendo el ejemplo de Cristo que "siendo rico, se hizo pobre" (2 Cor 8,9). La *obediencia* confiesa que Dios es la única y plena realización de la existencia cuando se deja guiar por la fuerza y la consolación del Espíritu. "Es reflejo en la historia de la amorosa correspondencia propia de las tres personas divinas"⁴³. Manifiesta la fuerza liberadora que procede de vivir una dependencia filial, hecha de responsabilidad y confianza. La obediencia relaciona de manera especial con el Espíritu que guía la historia y la vida de cada uno.

Vita consecrata invita a profundizar continuamente esta dimensión trinitaria de los consejos evangélicos que son expresión de una vida consagrada al servicio de Dios y de los hermanos alimentada por el amor "a Cristo, que llama a su intimidad; al Espíritu Santo, que dispone el ánimo para acoger sus inspiraciones; al Padre, origen primero y fin supremo de la vida consagrada"⁴⁴.

⁴² Ib. 19.

⁴³ Ib. 21.

⁴⁴ Ib.

4. Votos y experiencia trinitaria en Isabel de la Trinidad

Es interesante constatar en la vida de Isabel de la Trinidad la experiencia concreta de la realidad de estas enseñanzas. La vivencia que ella tiene de su consagración relacionada con las tres personas divinas la expresa sobre todo en su *Elevación a la Trinidad*. En ella comparte lo que significó para ella la consagración religiosa y da una doctrina que ilumina a los consagrados en la consideración del sentido y las dimensiones espirituales de ese compromiso fruto de una llamada de Dios.

La vida cristiana y la vida consagrada encuentran en las enseñanzas de Isabel de la Trinidad una orientación fundamental para nutrir una sólida y profunda espiritualidad. El documento postsinodal *Vita consecrata* habla de que la vocación a la vida consagrada es para alabanza de la Trinidad. En el amor gratuito del Padre se encuentra el origen de ese carisma en la Iglesia para que quienes lo reciben sigan a Cristo⁴⁵. También la vida consagrada, como toda existencia cristiana, está relacionada íntimamente con la obra del Espíritu Santo. Las personas consagradas “dejándose guiar por el Espíritu en un incesante camino de purificación, llegan a ser, día tras día, personas *crístiformes*, prolongación en la historia de una especial presencia del Señor resucitado”⁴⁶.

La experiencia y la doctrina de la Isabel de la Trinidad pueden también ayudar a *profundizar existencialmente* lo que *Vita consecrata* escribe a propósito de los consejos evangélicos como don de la Trinidad y del reflejo de la vida trinitaria que se encuentra en ellos⁴⁷. Si bien es verdad que la beata vivió su vida religiosa en los moldes clásicos anteriores al Vaticano II, su experiencia de la inhabitación del Dios trino trasciende ese marco contextual para iluminar la vida consagrada de nuestro tiempo que enfrenta desafíos particulares y tiene visión diferente del ser humano, de la sociedad, de la Iglesia y de sus relaciones. Su *Elevación a la Trinidad* expresa su experiencia trinitaria. En esa oración, Isabel pide a Dios que la introduzca cada vez más en la profundidad de su misterio y haga de su alma su cielo, su morada preferida para permanecer siempre con Él en una total entrega a su amor y a su servicio. En seguida se dirige a Cristo para expresar el deseo de ser su esposa y pedirle que la revista de él mismo y que la identifique con sus sentimientos para poder irradiar su vida. De Cristo hombre pasa a dirigirse a Cristo Dios, fascinada por

⁴⁵ Cf. VC 18.

⁴⁶ Ib. 19.

⁴⁷ Ib. 20-21.

él, y le pide que le conceda vivir escuchándolo para aprender sus enseñanzas. Al Espíritu de Amor le pide que venga a ella “para que se produzca en mi alma una especie de encarnación del Verbo” para poder ser “una humanidad suplementaria en la que Él pueda renovar su misterio”. Continúa la oración dirigiéndose al Padre para pedirle que vea en ella a su Hijo el amado en quien ha puesto sus complacencias. Termina su elevación volviéndose a la Trinidad “mi Todo, mi eterna Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo” y entregándose como víctima para sepultarse en Dios hasta llegar a contemplar en su luz el abismo de sus grandezas.

Sin que la beata exprese en forma explícita y renueve su consagración religiosa, lo que ella nos ofrece en su *Elevación*, ilumina el significado que tiene una consagración religiosa vivida en creciente intimidad con el Dios trino. Sin hacer una separación entre los votos, Isabel los unifica en la única y total entrega a la Trinidad, vivida a través de la fe, la esperanza y sobre todo del amor. En una carta de 1903 expresa implícitamente su forma de vivir la consagración a través de la castidad, la pobreza y la obediencia: “Vivamos de amor, seamos sencillos como ella [Teresa del Niño Jesús], entregadas siempre, inmolándonos a cada instante haciendo la voluntad del Señor sin buscar cosas extraordinarias... Él nos quiere muy puras, pero él mismo será nuestra pureza. Es necesario dejarnos transformar en una misma imagen con Él, y esto sencillamente, amándole siempre con ese amor que establece la unidad entre los que se aman... Durante el día entreguémonos al Amor, es decir, haciendo la voluntad del Señor, bajo su mirada, con él, en Él, para Él solo”⁴⁸.

V. Dimensión trinitaria de la comunión

La dimensión comunitaria de la espiritualidad en la vida consagrada lleva a vivir en fraternidad la *koinonía* y la libertad cristiana desde las dimensiones de la fe y del amor que descubren a Dios presente sosteniendo la esperanza activa.

1. La espiritualidad de la “koinonía”

La primera dimensión de la vida cristiana suscitada por el Espíritu es la de la *koinonía* de los creyentes (Hch 2,42-47; 4,32-35). Estos se convierten en una comunidad de hermanos reunidos en el nombre

⁴⁸ Carta 172, a Germana de Gemeaux, 20 de agosto de 1903.

del Señor. El Espíritu, amor personal en Dios, une a los creyentes con el Padre y entre ellos. Es Él quien infunde en nosotros el amor de Dios (Rom 5,5) y nos capacita para amar y nos une en la diversidad de los dones y servicios. La dimensión de la comunión manifiesta la presencia del Espíritu y se concretiza en cuatro realidades íntimamente ligadas entre sí: la enseñanza de los Apóstoles, la *koinonía*, la fracción del pan y las oraciones (Hch 2,42).

Ante todo, la comunidad persevera en la Palabra, es decir en la profundización del mensaje de salvación para permanecer en la fe, ya que hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios (Hch 14,22). Fiel a la Palabra, la comunidad persevera en la comunión fraterna a partir de la fe en Cristo Jesús. Eso lleva también, entre otras cosas, a compartir los bienes (Hch 2,44-45; 4,32-35). Asociada a la Palabra, a la enseñanza de los Apóstoles y a la comunión fraterna está la fracción del pan, la eucaristía que une a los fieles en Cristo y los compromete a vivir en la existencia concreta de cada día las exigencias de la caridad, expresadas en el anuncio del evangelio y celebradas comunitariamente. Por último, el Espíritu que ora en nosotros (Rom 8,26-27) impulsa a la comunidad a perseverar en la oración como momento privilegiado en el que se revela y manifiesta la presencia y la acción de Dios para realizar la salvación en la historia. La característica fundamental de la oración de la comunidad de Jerusalén es la concordia, la unidad. Junto con ella está la búsqueda de la voluntad de Dios. La perseverancia en la oración capacita para estar con fe y libertad frente a Dios, y para acoger la fuerza del Espíritu que acompaña proféticamente las decisiones de los que ha unido en comunión.

La dimensión de comunión se vive en medio de *conflictos* porque el evangelio revela y anuncia la voluntad de Dios y, por tanto, desaprueba y denuncia las decisiones y las opiniones humanas contrarias (Hch 5,28-30) y porque al interior de las comunidades mismas hay siempre debilidades e incoherencias. Esta primera dimensión del Espíritu es la central. En ella el Espíritu abre el Dios trinitario al mundo de los seres humanos y en Cristo unifica lo que estaba dividido. El Espíritu es don que libera y amor que une; actualiza el pasado recordando lo que Jesús ha enseñado (Jn 14,26) y une el presente al futuro impulsando hacia la comunión plena de la cual es primicia y arras. Une a los creyentes como principio profundo de la unidad de la Iglesia. Esta, si se deja guiar por el Espíritu, será siempre una *Iglesia de comunión*, que se organiza en comunidades. Una comunión imperfecta que se vive en las tensiones que se asumen en síntesis sucesivas que van abriendo a los caminos imprevisibles del Espíritu.

La vida consagrada trata de transformar todos estos aspectos en experiencia vital para poder testimoniar una espiritualidad de comu-

nión en una Iglesia de comunión. Precisamente la Iglesia “encomienda a las comunidades de vida consagrada la particular tarea de fomentar la espiritualidad de la comunión”⁴⁹, ante todo en su interior, pero también en la comunidad eclesial y en la sociedad, especialmente donde hay odios y divisiones étnicas.

2. *La perspectiva trinitaria de la comunión en el documento postsinodal Vita Consecrata*

De la misma manera que con relación a los votos, el documento postsinodal *Vita consecrata* presenta la vida fraterna en comunidad desde una perspectiva trinitaria. Al abrir el capítulo segundo, habla de la vida comunitaria como imagen de la Trinidad⁵⁰.

Vista desde el horizonte trinitario, la vida consagrada aparece como una iniciativa del Padre. Él es quien elige y llama para que los elegidos den una respuesta de entrega total y exclusiva. Jesús, el Hijo de Dios, llama a los que el Padre le ha dado a un seguimiento que orienta su existencia. Ellos encuentran en él un camino para ponerse totalmente al servicio de Dios. Así confiesan que Jesús es el único modelo. Asumen así la forma de vivir de Jesús, “como expresión de su relación de Hijo Unigénito con el Padre y el Espíritu Santo y de manera particularmente íntima y fecunda participan de la misión de Cristo”⁵¹. Es la fuerza del Espíritu Santo la que impulsa a los llamados a esa vocación a configurarse con Cristo casto, pobre y obediente a partir del propio carisma.

Cada uno de los diversos carismas de vida consagrada tiene en su origen una orientación trinitaria: una orientación hacia el Padre, a la búsqueda de su voluntad, por un proceso de conversión expresado en la vivencia de los votos; una orientación al Hijo para vivir en íntima comunión con él y para aprender a servir a Dios y a los hermanos; una orientación hacia el Espíritu para ser guiados por él y sostenidos por su fuerza. Él se manifiesta en la *parresía* para testimoniar el reino de Dios y sus exigencias⁵².

Desde la perspectiva teológica hay que resaltar la impronta trinitaria en la fraternidad cristiana. Si el hombre es imagen de Dios, lo es del Dios trino y eso supone y exige la apertura hacia los demás. En la persona humana esta dimensión relacional se da en tres direcciones: hacia el Padre como origen y principio, hacia los demás en una

⁴⁹ VC 51.

⁵⁰ Cf. ib. 41.

⁵¹ Ib. 18.

⁵² Cf. ib. 36.

mutua sacramentalidad que revela y oculta el propio misterio radicado en el Verbo, en quien y por quien fueron creadas todas cosas (Col 1,13-20), y hacia dentro de sí mismo en el misterio del Espíritu Santo.

La Trinidad muestra que la fraternidad no puede edificarse ni en la absolutización de las diferencias de las personas y de las comunidades de personas, ni tampoco en la de la comunión y unidad que las destruya. En el misterio del Dios trino se da una diferencia que se armoniza con la igualdad.

Jesús es quien nos revela el rostro del Padre. A partir de esa revelación, en el camino de la fraternidad cristiana los creyentes experimentan su presencia paternal-maternal en el misterio de la existencia recibida como don gratuito. Es así como en la existencia de cada persona hay como una epifanía del Padre. También en la incomprendibilidad de los caminos por los cuales conduce la historia de cada uno y de la comunidad humana. Esa experiencia de ser todos hijos de un Padre común exige la fraternidad que, a su vez, manifiesta la común filiación.

Al Espíritu se le experimenta en la aparición de la comunidad que se funda en lo que es el primer fruto de su presencia: el amor (Gal 5,22). El es quien está cerca, con y en la comunidad (Jn 14,16-17). En los carismas que suscita y que sostienen y hacen madurar la fraternidad se le percibe como su fuente y como su guía (1 Cor 12,4-13). Además de la experiencia del Padre y del Espíritu, la fraternidad cristiana reproduce, y en forma especial, la de Jesús. Él es el hermano mayor (Rom 8,29). Más todavía, Jesús está presente en cada persona. Desde la perspectiva cristiana ésta es una realidad que se acepta por la fe. Aquí radica un aspecto original de la misma.

También la vida fraterna es una confesión de la Trinidad: del Padre que quiere formar una única familia humana; del Hijo que vino para hacer posible la fraternidad en un mundo dividido; del Espíritu, que es vínculo de comunión y unidad en la Iglesia y suscita las familias espirituales y las comunidades fraternas⁵³. El primer fruto de la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés es la *koinonía* de los creyentes (Hch 4,32-35). Éstos se convierten en una comunidad de hermanos, reunidos en el nombre del Señor.

La comunidad de Jerusalén, fruto de la acción de la Trinidad, fue el modelo en el cual "la Iglesia se ha inspirado siempre que ha querido revivir el fervor de los orígenes y reanudar su camino en la historia con un renovado vigor evangélico. En realidad la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, muchedumbre reunida por la uni-

⁵³ Cf. VC 21.

dad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”⁵⁴. Desde sus orígenes las comunidades de vida consagrada contemplaron la unidad de las personas de la Trinidad como su modelo y su dinamismo unificador. Por este motivo tienen el mérito de haber presentado en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad⁵⁵.

En la vida comunitaria, es el Espíritu Santo quien introduce en la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (Cf. 1 Jn 1,3). Eso lo realiza impulsando a una continua conversión al Padre, mediante un amor alimentado con la Palabra y la Eucaristía y guiando el discernimiento común para responder a sus interpelaciones en los siglos de los tiempos y de los lugares⁵⁶. En resumen, podemos decir que la vida fraterna de los consagrados, reunidos en el nombre del Señor, confiesa que la Trinidad es la fuente y el modelo de la fraternidad entre los seres humanos. “La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas”⁵⁷.

En la misma línea trinitaria de la consagración religiosa, la segunda parte del documento pone de relieve que la vida consagrada es un *Signum fraternitatis*, relacionado con la Trinidad: “La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad”⁵⁸. En la misión de Cristo aparece el plan del Padre de reunir a todos los seres humanos en una familia. Después de la Ascensión, por la acción del Espíritu se constituye la comunidad cristiana en la comunión de la fraternidad. Misión de la vida consagrada ha sido la de mantener viva en la Iglesia la importancia de la fraternidad edificada en la comunión trinitaria que puede hacer pasar de la división a la unidad; de la indiferencia a la solidaridad.

En el aspecto comunitario, la espiritualidad de la vida consagrada exige la entrega generosa de cada uno para ir logrando al mismo tiempo la libertad-amor y la construcción de la comunidad. “Cristo da a la persona dos certezas fundamentales: la de ser amada infinitamente y la de poder amar sin límites. Nada como la cruz de Cristo puede dar de un modo pleno y definitivo estas certezas y la libertad que deriva de ellas. Gracias a ellas, la persona consagrada se libera progresivamente de la necesidad de colocarse en el centro de todo y

⁵⁴ Ib. 41.

⁵⁵ Cf. ib.

⁵⁶ Cf. ib. 42.

⁵⁷ Ib. 41.

⁵⁸ Ib. 41.

de poseer al otro, y del miedo a darse a los hermanos; aprende más bien a amar como Cristo la ha amado, con aquel mismo amor que ahora se ha derramado en su corazón y la hace capaz de olvidarse de sí misma y de darse como ha hecho el Señor. En virtud de este amor, nace la comunidad como un conjunto de personas libres y liberadas por la cruz de Cristo”⁵⁹.

3. *Isabel de la Trinidad y la vida fraterna en comunidad*

La auténtica contemplación conduce necesariamente al amor al prójimo: “hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn 4, 21). La escucha de Dios conduce necesariamente al compromiso con los demás y va aumentando la comprensión, la cercanía, la solidaridad. Es verdad que Isabel de la Trinidad no nos ofrece una doctrina completa sobre la caridad fraterna, pero ciertamente la vive y la expresa en su comunidad, como lo testimonian sus hermanas. Al mismo tiempo, sus cartas revelan un humanismo profundo, fruto de su unión con el Dios trino. Su correspondencia epistolar está llena de cordialidad, cercanía, interés y preocupación por los demás. Tiene un amor entrañable a su familia, aprecia los pequeños detalles, sabe agradecer. Acompaña en las alegrías y en las penas. Admira la creación. Muchas de estas actitudes las encontramos en una carta a la señora de Sourdon: “No puedo decirle cuánto agradezco su felicitación por mi fiesta y todos sus dulces. Su corazón adivinará entre líneas lo que el mío no puede expresar... Querida señora, me gusta mucho encontrarla cerca del Señor; en Él, que no hay distancias ni separaciones... Esté persuadida, querida señora, de que las rejas no nos han separado, y el corazón de su pequeña carmelita es siempre suyo”⁶⁰.

Su vida religiosa no la privó de la capacidad de amar entrañablemente. Por el contrario, dilató su corazón en la entrega a los demás: “A veces se piensa que en el claustro no se sabe amar, pero es todo lo contrario, y de mi parte te digo que nunca he amado más. Me parece que mi corazón se ha ensanchado”⁶¹.

La mirada contemplativa que la beata tiene de la realidad la hace descubrir la presencia y la belleza de Dios en la creación que ella invita a gozar y disfrutar para así llegar también a Dios a través de la naturaleza: “Disfrutad bien este hermoso país; la naturaleza lleva a

⁵⁹ CIVCSVA, *La vida fraterna en comunidad*, n. 22.

⁶⁰ *Carta 146*, del 19 de noviembre de 1902.

⁶¹ *Carta 290*, a Cecilia Lignon, fin de junio de 1906.

Dios. ¡Cuánto me gustaban esas montañas!, me hablaban de Él. Pero, ya veis, mis queridas, los horizontes del Carmelo son todavía más bellos. ¡Es el Infinito! En el buen Dios yo tengo todos los valles, los lagos, los panoramas”⁶². Se puede decir que Isabel hizo realidad en su vida lo que más adelante diría el Vaticano II hablando de los cristianos: “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”⁶³.

VI. La dimensión trinitaria de la misión

1. *Vida consagrada y misión*

La Iglesia ha tenido desde sus orígenes la conciencia de haber sido enviada a anunciar la Buena Noticia de salvación. Enviado por el Padre, Jesús vino para comunicarnos el proyecto de Dios y para transformarnos en hijos suyos. A partir de la resurrección los cristianos descubrieron que Cristo y el Espíritu los enviaban a testimoniar y a anunciar el evangelio. Esta vocación misionera de todo cristiano cobró una fuerza especial en la vida consagrada desde sus inicios. En los diversos carismas de los institutos religiosos, incluso en los contemplativos, ha habido siempre la convicción de estar llamados a proclamar, con el testimonio de vida y con el compromiso apostólico, la presencia del reino de Dios en la historia.

Sólo mirando la misión evangelizadora desde la perspectiva de Cristo y siguiendo su ejemplo en el anuncio del reino será posible encontrar nuevos caminos para presentar vivo, actual y dinámico el mensaje liberador del evangelio. Miembros del pueblo de Dios, los religiosos son también cuestionados por las exigencias del mundo actual. Con una misión profética acentuada por el llamado a una dedicación total al servicio del reino, deben ser especialmente sensibles a la voz de Dios en los signos de los tiempos y de los lugares. A la luz de ellos necesitan renovar su vida y su acción apostólica, que pertenece a la misma naturaleza de su consagración.

La primera exigencia para la misión evangelizadora es la de la renovación de la vida, porque el testimonio es el elemento primario del anuncio de la Buena Noticia y condición esencial para la eficacia del mismo. Esto trae consigo un continuo examen, a la luz del evangelio, a nivel personal y comunitario, para ir quitando los obstáculos que impiden percibir en nuestra vida los frutos y consecuencias del

⁶² Carta 87, a su madre, 13-14 de agosto de 1901.

⁶³ GS 1.

mensaje liberador de Jesucristo. Testimoniar y anunciar se completan mutuamente. El anuncio explica la Buena Noticia, pero es el testimonio el que le da credibilidad. Evangelizar significa también interpelar todo aquello que no responde al plan de Dios.

El estilo alternativo de la vocación a la vida consagrada dentro de la Iglesia está llamado a acentuar el carácter peregrino de la Iglesia. Trata de vivir en el “aún no”, lo definitivo de la plenitud del “ya”. El Concilio Vaticano II ponía de relieve este acento escatológico, fruto de la profesión de los consejos evangélicos mediante los votos: “al no tener el pueblo de Dios una ciudadanía permanente en este mundo, sino que busca la futura, el estado religioso, que deja más libres a sus seguidores frente a los cuidados terrenos, manifiesta mejor a todos los creyentes los bienes celestiales – presentes incluso en esta vida – y, sobre todo, da un testimonio de la vida nueva y eterna conseguida por la redención de Cristo y preanuncia la resurrección futura y la gloria del reino celestial”⁶⁴.

2. El sentido escatológico de la vida consagrada

La historia del mundo está orientada a la segunda venida de Cristo. Su reino ya está presente, de modo misterioso, pero real en el tiempo. Sin embargo, se abre paso en la tensión de la esperanza activa hacia la plenitud de lo definitivo. Es en esta perspectiva en la que se inserta el acento escatológico de la vida consagrada. Mediante el voto de pobreza vive la tensión escatológica de un uso de los bienes en el desapego del compartir y del ponerlos al servicio de los demás como medio necesario pero pasajero. La castidad consagrada habla de lo provisional de la condición terrestre de un mundo que pasa. Finalmente, la obediencia coloca a la vida consagrada en la proyección dinámica del cumplimiento pleno de la voluntad del Señor. En una palabra, la adopción de una forma de vida, nacida de un carisma del Espíritu, que rompe los moldes de lo que es ordinario, es en sí una llamada de atención a considerar lo que no pasa y a vivir conscientemente el hecho de no tener aquí morada permanente. Esta perspectiva escatológica de la anticipación de lo definitivo y de la proclamación de lo provisorio hay que completarla a la luz del nuevo sentido y alcances de la esperanza cristiana que ayuda a no separar escatología de encarnación.

La dimensión escatológica de la espiritualidad de la vida consagrada impulsa a un compromiso con una evangelización que busca

⁶⁴ LG 44.

la liberación integral del ser humano y el empeño por caminar hacia sociedades justas y humanas para todos. Cristo anuncia el reino ya presente en la historia (Lc 17,21) como un proyecto liberador de Dios que se abre paso en las circunstancias de cada día. La vida consagrada trae a la memoria lo provisional del mundo y su meta de plenitud, pero está llamada también a testimoniar el proyecto de Dios sobre el hombre, un proyecto que ya comienza ahora aunque no alcance aquí su plenitud. Con una visión escatológica y con su estilo de vida hace ver que la realidad en que vivimos no es la definitiva, pero con un talante profético denuncia que lo que vivimos no corresponde muchas veces al proyecto de Dios. Se trata, pues, de una espiritualidad profético-escatológica que anuncia con su forma de vida consagrada y con su misión evangelizadora la realidad absoluta y definitiva del reino y denuncia todo aquello que se opone al designio de Dios que se debe realizar a partir de la historia.

El Documento postsinodal *Vita consecrata* recuerda la dimensión profética de la vida consagrada y subraya cómo durante el Sínodo este aspecto fue puesto de relieve por los Padres sinodales. Se trata de una forma especial de participación en la función profética de Cristo comunicada a todo el Pueblo de Dios. Hunde sus raíces en el radicalismo del seguimiento de Jesús y en la entrega a la misión que la caracteriza. Esta función profética se expresa en el testimonio del absoluto de Dios y de los valores del evangelio; se centra en el amor personal a Cristo y a los pobres en los que Él vive. El mismo documento señala con acierto que la verdadera profecía nace de Dios y de la amistad con Él, de la escucha de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. Exige, por otra parte, la búsqueda de la voluntad de Dios, la comunión eclesial, el discernimiento espiritual y el amor por la verdad. Se expresa también en la denuncia de todo aquello que se opone al plan de Dios y en la creatividad para encarnar el evangelio en la historia⁶⁵.

Con una experiencia de Dios en contacto con la realidad la persona consagrada podrá ir descubriendo su rostro revelado en Cristo y se irá haciendo cada vez más capaz de testimoniar proféticamente esa experiencia radical. Ser profeta no es transmitir verdades o dogmas sino comunicar y proclamar la experiencia de Dios y sus exigencias para la realización del plan de Dios sobre la humanidad.

⁶⁵ Cf. VC 84.

3. *La perspectiva trinitaria de la misión en el documento postsinodal Vita consecrata*

La dimensión trinitaria de la vida consagrada aparece nuevamente cuando se habla de la misión, en la tercera parte dedicada a profundizar el *Servitium caritatis* como una epifanía del amor de Dios en el mundo. En la llamada a la vida consagrada está la llamada a la misión: el Padre llama, por la fuerza del Espíritu, a continuar la misión del Hijo. La vida consagrada se hace toda ella misión como lo fue la vida de Jesús. Por su consagración, la persona consagrada está toda ella en misión no sólo como individuo sino también formando parte de una comunidad reunida en el nombre del Señor para la misión⁶⁶. “El Espíritu mismo, además, lejos de separar de la historia de los hombres las personas que el Padre ha llamado, las pone al servicio de los hermanos según las modalidades propias de su estado de vida, y las orienta a desarrollar tareas particulares, de acuerdo con las necesidades de la iglesia y del mundo, por medio de los carismas particulares de cada instituto”⁶⁷.

La vida consagrada se convierte, en la vivencia de sus elementos fundamentales, en una confesión y, por tanto, en una presencia de la Trinidad. En la *Oración a la Trinidad*, al final del documento *Vita consecrata*, se suplica al Padre que santifique a los que se han consagrado a Él; al Verbo encarnado a que los ayude a seguir siendo signo viviente de los bienes de la resurrección futura y al Espíritu que les dé la certeza de haber sido llamados y escogidos para la consagración reserva-misión y de comunicarles “el arrojo para hacer frente a los retos de nuestro tiempo y la gracia de llevar a los hombres la benevolencia y la humanidad de nuestro Salvador Jesucristo (cf. Tt 3,4)”⁶⁸.

4. *Testimonio y mensaje de Isabel: vivir anclados en Dios en el cumplimiento de la misión*

A lo largo de su vida, Isabel testimonió y proclamó el evangelio. Primero tomando parte en jornadas misioneras y en otras obras apostólicas de su parroquia. Cuando abraza la vida contemplativa en el Carmelo “llega al descubrimiento de la presencia de Dios en el cielo de su alma: la habitación del misterio trinitario. Y hace de este descubrimiento el centro de su vocación y el punto de su espirituali-

⁶⁶ Cf. ib. 72.

⁶⁷ Ib. 19.

⁶⁸ Ib. 111.

dad en la vida cristiana. Se convierte así en el apóstol de la presencia divina, que todo lo abarca... Ella quiere enseñar a todos el camino de la interioridad, que lleva al encuentro con la Santísima Trinidad, que se irradia como un misterio de luz y de amor en la vida cristiana... Finalmente, como preparación para la vida eterna y anticipo de la gloria final, descubre su vocación de alabanza de gloria, labrada en el sufrimiento, acrisolada en la enfermedad"⁶⁹.

Isabel nunca opuso la vida contemplativa con la apostólica. Unió siempre su deseo de comunión con Dios con el deseo de salvar a las almas. Un texto del gran místico Ruysbroeck, iluminó esa convicción existencial que tenía: "si la contemplación tiende hacia la alabanza y a la eternidad de su Señor, ella posee la unidad y nunca la perderá. Si llega un mandato del cielo, ella se vuelve hacia los hombres, se complace de todas sus necesidades, se inclina hacia todas sus miserias. Es necesario que ella lllore y que ella fecunde. Alumbrada como el fuego; como él, ella quema, absorbe y devora, elevando hacia el cielo lo que ha devorado. Y una vez que ha acabado su misión en la tierra se remonta y emprende nuevamente, ardiendo en su fuego, el camino de la altura"⁷⁰.

La beata ve la experiencia de la presencia de la Trinidad en nosotros como fuerza unificadora de toda la existencia cristiana y especialmente de la vida religiosa en la que no se pueden separar contemplación y compromiso evangelizador, aún en la vida dedicada a la oración. Ésta debe tener una dimensión apostólica. Cuando habla de la vida de las carmelitas repite de muchas maneras que la intimidad con Dios es fuente de entrega a los demás y de colaboración con él en la salvación del mundo. Para ello hay que vivir "sin cesar, a través de todo, con Aquel que habita en nosotros y que es Caridad. Tiene tanto deseo de asociarnos a todo lo que él es, de transformarnos en Él. Querida hermana, reavivemos nuestra fe, pensemos que Él está allí, dentro, y que nos quiere muy fieles... Darse, ¿no es la necesidad de su alma, mi hermanita? ¡Oh! Es la respuesta a su amor. Démosle almas también nosotras. Nuestra Santa Madre quiere que sus hijas sean apostólicas"⁷¹.

Con la seguridad que da la propia experiencia de vida carmelitana contemplativa, Isabel escribe a una postulante que está para recibir el hábito "Pido al Maestro que la haga una esposa según su Corazón, una de esas almas como las quería nuestra santa madre Teresa, que puedan servir a Dios y a su Iglesia, apasionada por su gloria y sus

⁶⁹ C. GARCÍA, o.c., pp. 427-428.

⁷⁰ CF 40.

⁷¹ *Carta 179*, a Germana Gemeaux, 20 de septiembre de 1903.

intereses”⁷². Pocos días antes de morir, la beata le comparte a una hermana lo que piensa que será su misión en el cielo: “Me parece que en el cielo mi misión será la de atraer a las almas, ayudándolas a salir de sí mismas, para unirse a Dios por un movimiento todo simple y amoroso, y conservarlas en ese gran silencio interior que permite a Dios imprimirse en ellas, transformarlas en Sí mismo (...), me parece que ahora veo todas las cosas a la luz del Señor (...).”⁷³

Vita consecrata confirma esta doctrina de Isabel cuando, hablando de la necesidad de que las personas consagradas den una respuesta de espiritualidad a la búsqueda de lo sagrado y a la nostalgia de Dios, afirma que “toda persona consagrada está comprometida a cultivar el hombre interior, que no es ajeno a la historia ni se encierra en sí mismo”⁷⁴.

VII. María y la Trinidad

1. *María modelo de consagración y seguimiento*

María, que precede con su luz e inspira nuestra vida peregrinante, es modelo para toda vida cristiana. En la vida consagrada aparece como aquella que vivió totalmente para Cristo y para el reino de Dios, escuchando su palabra, creyendo en ella y viviendo sus exigencias en todas las circunstancias, sin entender muchas cosas; guardando todo en su corazón (cf. Lc 2,19.50-51) y caminando como peregrina de la fe y de la esperanza. Al mismo tiempo ella enseña a los consagrados a vivir cerca de los demás, interesándose por sus problemas materiales (cf. Lc 1,39-45; Jn 2,1-12) y espirituales (cf. Hch 1,14). En el *Magnificat* los invita también a descubrir a Dios presente en la historia y a reconocer las maravillas que realiza en ella.

En María podemos destacar dos rasgos que la definen: ella es de Dios y vive cercana a los demás. Abierta a Dios sabe escuchar su Palabra en la Escritura y en la vida. Por eso Cristo la proclamó dichosa (Lc 11,27). Oyente de la Palabra, cree en ella con una fe profunda que enfrenta dificultades y se desarrolla en la oscuridad y en la prueba, en la pobreza, el sufrimiento, la huida y el exilio (Lc 1,45; Mt 1,13-23).

Abierta a Dios, María estuvo siempre atenta a las necesidades de los demás. La escucha de la Palabra no la hizo una persona indife-

⁷² Carta 297, a la hermana María del Santísimo Sacramento, 6 de julio de 1906.

⁷³ Carta 335, a la hermana María Odila, 28 de octubre de 1906.1

⁷⁴ VC 103.

rente hacia las personas. Por el contrario, se preocupa de ellas (Lc 1,39-45.56; Jn 2,1-12; Hch 1,14). Ella pertenecía al pueblo sencillo. Era una “pobre de Yahvé”, abierta al servicio de los hermanos porque estaba abierta a Dios y a sus planes. Se pone de parte de los pobres y vive con ellos la esperanza que recorría toda la historia de Israel a partir de sus orígenes (Lc 1,44-55). Por todo esto ella es “modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones”⁷⁵

2. *María y la Trinidad en el documento postsinodal Vita consecrata*

En el documento *Vita consecrata*, María aparece como modelo de consagración y seguimiento “por su pertenencia plena y entrega total a Dios” y por su acogida de la gracia (...), modelo también “de consagración al Padre, de unión con el Hijo y de docilidad al Espíritu (...). Elegida por el Señor, que quiso realizar en ella el misterio de la Encarnación, recuerda a los consagrados la primacía de la iniciativa de Dios. Al mismo tiempo, habiendo dado su consentimiento a la Palabra divina, que se hizo carne en ella, María aparece como modelo de acogida de la gracia por parte de la criatura humana”⁷⁶.

Vita consecrata dirige al final una invocación a la Virgen y en ella la presenta en su apertura al Espíritu, como modelo de fe integra, de esperanza firme y de amor sincero y le pide que ayude a las personas consagradas en la respuesta de amor y de entrega total a Cristo: “Tú que has hecho la voluntad del Padre, disponible en la obediencia, intrépida en la pobreza y acogedora en la virginidad fecunda, alcanza de tu divino Hijo, que cuantos han recibido el don de seguirlo en la vida consagrada, sepan testimoniario con una existencia transfigurada”⁷⁷.

3. *María, maestra de intimidad con Dios en Isabel de la Trinidad*

Isabel de la Trinidad descubre en María alguien que nos conduce a Jesús y nos introduce en el misterio trinitario. También como modelo de intimidad con Dios con su actitud callada y contemplativa

⁷⁵ *Marialis cultus*, 37.

⁷⁶ *Ib.* 28.

⁷⁷ *Ib.* 112.

que la abría al diálogo con Él en un camino de fe y de esperanza y amor. “Acerquémonos (...) a la Virgen, toda pura, toda luminosa, para que ella nos introduzca en Aquel que ella penetró tan profundamente, y que nuestra vida sea una comunicación continua, un movimiento sencillo hacia el Señor”⁷⁸.

Describe a María como aquella que poseía al Verbo encarnado, al don de Dios que acogía en el silencio y la adoración. Ese mismo Dios está con nosotros y, por eso, debemos mantenernos “junto a Él, con aquel silencio, con aquel amor de la Virgen”⁷⁹. En otras cartas desea que la Virgen revele al destinatario el dulce secreto de la unión con Dios, que hace que a través de todas las cosas se permanezca con él. Y, como síntesis de su marianismo trinitario, escribe al abate Chevignard: “Yo quisiera responder, pasando sobre la tierra, como la Santísima Virgen, ‘guardando todas esas cosas en mi corazón’, sepultándome por decirlo así, en el fondo de mi alma, para perderme en la Trinidad que mora allí, para transformarme en ella”⁸⁰. Al mismo tiempo, cuando habla de María como “modelo de almas interiores; de esos seres que Dios ha escogido para vivir dentro de sí, en el fondo del abismo sin fondo”, añade que “esto no la impedía entregarse a las cosas de fuera cuando se trataba de ejercitar la caridad. El evangelio nos dice que María subió con toda diligencia a las montañas de Judea para ir a casa de su prima Isabel. Jamás la visión inefable que ella contemplaba en sí misma disminuyó su caridad exterior”⁸¹.

En la presentación que de María hace *Vita consecrata* como ideal de seguimiento, invita a las personas consagradas a contemplarla “como modelo sublime de consagración al Padre, de unión con el Hijo y de docilidad al Espíritu”⁸². En esta misma línea, Isabel de la Trinidad nos recuerda a la Virgen de la Encarnación y de la Trinidad.

Conclusión: vivir y testimoniar la primacía de Dios

La experiencia y las enseñanzas de la beata Isabel de la Trinidad tienen gran actualidad para los cristianos y, en particular, para las personas consagradas. Son una invitación a centrarse en el misterio de Dios presente en nosotros, a vivir a la escucha de su Palabra, a ver en María el modelo perfecto del discípulo de Jesús y a crecer en humanidad desde una comunión con la Trinidad. Al final de su vida,

⁷⁸ Carta 165, al abate Chevignard, 14 de junio de 1903.

⁷⁹ Carta 183, a su hermana, 22 de noviembre de 1903.

⁸⁰ Carta 185, del 28 de noviembre de 1903.

⁸¹ CF 40.

⁸² VC 28.

la beata escribía: “Os dejo mi fe en la presencia de Dios todo Amor que habita en nuestras almas. Os lo confío: esta intimidad con Él ‘dentro’ ha sido el bello sol que ha iluminado mi vida, haciendo ya de ella un cielo anticipado. Es esto lo que me sostiene todavía en el sufrimiento”⁸³. Este es el mensaje que Dios envía especialmente a las personas consagradas a través de de la vida y de la doctrina de esta joven carmelita.

⁸³ Carta a la señora de Bobet, octubre de 1906.